

para 1901, fecha de publicación de la primera edición europea de las *Prosas profanas*, los conocedores de las letras hispánicas se habían dado cuenta de que comenzaba a definirse en América un carácter literario que no podía confundirse con el español; bueno o malo—según los diversos criterios—, pero diferente. No se ha emitido un juicio más acertado y justo sobre el fenómeno americano que el que expresó Gómez de Baquero en 1907. Si se compara con lo que escribió cinco años antes se ve que su punto de vista se había ido modificando, lo cual le da una validez especial. En un artículo sobre el poema de Darío, «Epístola a la señora de Lugones», recién publicado, decía lo siguiente:

A Rubén Darío se le discute principalmente por su originalidad. Aunque aparentemente vivimos en un estado de anarquía intelectual, sin verdaderas escuelas, sin pontífices ni definidores del arte literario que sean escuchados y seguidos, lo tradicional conserva hondas raíces en el alma española y los neologismos de Darío, sus metros favoritos más usados en la rima francesa que en la castellana, sus imágenes libres y atrevidas asombran a algunos y se prestan a chanzas. Casi siempre se ha esgrimido el ridículo contra las novedades. Pero esa originalidad rayana en extravagancia y que a veces pasa al otro lado de la raya, es la fe de vida de la joven poesía española de América. No están bien estudiados ni son bien apreciados los poetas modernos de la América española. La exuberancia de imaginación, que engendrando muchas imágenes, crea algunas raras y poco armónicas, la tendencia a innovar en la métrica, dar al verso más libertad de la que consienten las combinaciones clásicas, son señales de una poesía vigorosa que tiene vida propia y no necesita vivir de la imitación. Vendrá con el tiempo el período de perfeccionamiento y lima de la forma (25).

Una diatriba de Julio Cejador y Frauca sobre la degeneración del castellano en América—publicada en *La España Moderna*—motivó una respuesta de uno de los más conocidos modernistas de América, Ricardo Jaimes Freyre. El poeta boliviano, que residía en Tucumán, donde ejercía el profesorado y dirigía la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (26), protestaba vigorosamente contra el ataque de Cejador, calificándolo de «absolutamente falso». Además de refutación de los asertos de Cejador, su respuesta constituye una apología de la nueva

---

ninguna, por ejemplo, una obra de Agustín Yáñez, ni de Alejo Carpentier u Octavio Paz para citar sólo tres de los muchísimos autores americanos que se pudieran nombrar. No he visto en librerías, ni en bibliotecas un solo ejemplar de la *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, de FEDERICO DE ONÍS, obra fundamental para el estudio de la poesía española moderna, tanto como el de la hispanoamericana. Se explica la ausencia de las obras de Pablo Neruda, pero no la de poetas como Enrique González Martínez.

(25) *La España Moderna*, 1 de febrero de 1907, pp. 61-62.

(26) JAIMES FREYRE fue amigo de DARÍO, y con éste fundó la *Revista de América*, en Buenos Aires, en 1894.

literatura americana. Jaimes Freyre sostenía, no solamente que se había creado un nuevo lenguaje literario en América, sino que esa nueva literatura ejercía ya su influencia en España:

Como la protesta contra la influencia francesa en el castellano del siglo xii—tan vana y pueril—fuera la protesta contra el hecho ineluctable de las peculiaridades lingüísticas del castellano en América y de la nueva lengua para una nueva alma—verdad la más profunda de la filosofía del lenguaje...

... y no proteste el señor Cejador—, hay evoluciones literarias que han viajado ya de esta América a su España, y hay quienes en este castellano de América han escrito libros intensos, espirituales, en verbo moderno, flexible, sutil, con lucideces emocionales desconocidas, cosmopolita y rico.

Guárdenos Dios de hacer la defensa de la jerigonza bárbara en que balbuce alguno que otro escritor transhumante. Pero la lengua en que escriben Darío—nueva y cristalina—, Lugones—inagotablemente rica en expresiones e imágenes—, o Díaz Rodríguez, o J. Enrique Rodó, Groussac (preciso y sabio), si no es castellano, no ha de envidiar nada a la que sirve al señor Cejador para denostarlo—lo creemos en homenaje suyo—sin conocerlo (27).

En la revista de Jaimes Freyre se publicó en el mismo año (1906) otro artículo, también de valor, por su aportación a la historia del modernismo americano y sus relaciones con España. Se trata de la reseña de una monografía titulada *Los literatos españoles y los poetas americanos*, escrita por un español, M. Torres, quien la había publicado en *España y América*. El autor de la reseña firma su escrito A. N., iniciales que eran seguramente las de Amado Nervo, pues tanto el contenido de la reseña como el hecho de que el poeta mexicano escribía para la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* confirman su identidad. Nervo cita lo siguiente de Torres: «En los cantos de los poetas americanos... sobresale siempre una tendencia a la languidez y desmayo, que las más veces hace degenerar toda clase de composiciones en vulgar y grosero sensualismo.» Esta degeneración, según la entendía Torres, tenía su origen en «las claras noches de luna», que, al parecer, eran más frecuentes, poderosas o siniestras en América que en ninguna otra parte. La explicación de Torres suscita una respuesta irónica de Nervo:

...La observación es profunda, aunque desconsoladora, puesto que no hay probabilidades de que la situación se modifique.

---

(27) *Revista de Letras y Ciencias Sociales*. Tucumán, 1906; p. 134.

Diríase, sin embargo, que la extraña influencia de las noches de luna sólo ha empezado a sentirse en los últimos tiempos, ya que, según el perspicaz crítico, fueron excelentes los antiguos poetas de Colombia (los Caro, Ortiz, Arboleda, etc.) y detestables los modernos (Asunción Silva, Guillermo Valencia, etc.).

El señor Torres hace una declaración de principios que puede explicar su amarga opinión sobre los nuevos rumbos poéticos mejor que todos los fenómenos siderales: «Somos ultraclásicos, y no concebimos más evolución y perfección de los idiomas y del verso que los que consiente el troquel del clasicismo.»

En la misma reseña se refiere el autor a un artículo escrito por otro español, M. Cil, quien deplora la tendencia en España a imitar lo extranjero y el entusiasmo con que acogían sus compatriotas cualquier fruslería inventada en Francia. Echaba gran parte de la culpa a los escritores hispanoamericanos. A esto replica Nervo:

¿No sería más aceptable la hipótesis de que el ultraclasicismo de los señores Torres y Cil ha hecho su tiempo y cede el campo a los nuevos ideales? Pasa España en el momento presente por un período de transición en el cual se diseña con claridad la influencia que acabará por cambiar totalmente el arte español, infundiéndole nueva vida y vigor nuevo. No se quejen de ellos los críticos peninsulares, pues asisten acaso a la evolución que ha de devolver a su literatura la universalidad que ha perdido.

Y ciertamente van de América las brisas que crean sus huertos (28).

Cuando se publicó este comentario de Nervo, el poeta mexicano vivía ya en Madrid. Conocía la literatura y el medio españoles, igual que los de América y Francia, y era, por tanto, capaz de medir y valuar con más objetividad que la mayoría de los críticos lo que sucedía en España. Se daba cuenta de que el tradicionalismo tenía todavía sus partidarios, que algunos de ellos seguirían luchando a brazo partido contra las fuerzas de renovación, pero estaba convencido de que éstas, cada vez más vigorosas, saldrían triunfantes. Como americano, se complacía en observar que la influencia de la literatura americana—tantas veces y tan duramente vituperada en España—contribuía de una manera significativa a la universalización de la literatura española (29). Ningún español de hoy desconoce la importancia de la corriente americana en la renovación de la literatura peninsular, especialmente la que vino a través de la obra de Rubén Darío. Ayudó

---

(28) *Ibid.*, pp. 398-399.

(29) En otro artículo insiste Nervo en la misma idea. Manifiesta sorpresa por lo que GÓMEZ DE BAQUERO escribió acerca de Darío y los poetas americanos en su artículo sobre la *Epístola a la señora de Lugones*, pues no era común,

mucho a estimular el talento latente de grandes poetas como Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, incitándoles no a imitar, sino a descubrir su propia expresión. Resultó cierto lo que predijo Nervo. Lo que contribuyó la nueva generación española al prestigio internacional de la literatura de España se puede juzgar por el hecho de que, más adelante, a dos de los jóvenes contemporáneos de Nervo, y de ideas afines, se les confirió el premio Nobel de Literatura: a Jacinto Benavente en 1920 y a Juan Ramón Jiménez en 1956.

Francisco Villaespesa era uno de los españoles más devotos de los modernistas americanos. Escritor de más facilidad que profundidad, ocupa un puesto en su época mucho menos elevado que el de Machado, Jiménez, Valle-Inclán o Benavente, pero estaba al tanto—más que ninguno de éstos—de lo que se escribía en América. Afirmaba que era apreciable lo que la moderna poesía americana había contribuido a la nueva literatura de España: «Es indudable que los poetas americanos no sólo son conocidos y admirados en España, sino que de cierto modo influyeron en el actual renacimiento de nuestras letras» (30). Villaespesa discernía en América una saludable evolución literaria: la búsqueda de una auténtica orientación americana. Lo que se escribía en América ya no era sencillamente un pálido reflejo de obras francesas. Observa que «la prosa y la poesía han recobrado por fin en América su libertad... El mismo Darío ha cantado al buey que vio un día en su niñez, echando vaho por las narices dilatadas, bajo el oro y las púrpuras del cielo de Nicaragua».

Un comentario, escrito por uno de los modernistas americanos mucho tiempo después del triunfo del modernismo, resume la experiencia de muchos de los americanos que llegaron a España a fines del siglo pasado y principios de éste. Blanco Fombona—pues se trata de él—, igual que Darío y otros americanos de la época modernista, había tenido que vencer la desconfianza que el espíritu de la literatura americana despertaba en muchos españoles antes de granjearse su amistad y merecer su respeto:

---

decía, que los críticos españoles elogiaron a escritores de América. Atribuye a los americanos la iniciativa en la renovación de la literatura española:

... No nos tienen acostumbrados a este lenguaje los críticos españoles, que viven aún bajo la influencia de la técnica metódica y un poco lamida de Núñez de Arce o de la técnica erizada de prosaísmos de Campoamor, dos grandes poetas por otra parte. No está muy lejana la época en que desaparecerá toda esa lamentable poesía española que inunda las revistas de la Península y triunfa en sus juegos florales o en sus fiestas de otro género. Sin los jóvenes que han entrado en los caminos abiertos por los hispanoamericanos, la producción poética actual de España sería, con la del siglo xviii, la más triste de las manifestaciones intelectuales de aquella ilustre nación. *Revista de Letras y Ciencias Sociales*, 1907, p. 62.

(30) «Reconquista», *Revista Crítica*. Madrid, 1909; p. 182.

... a los americanos en general nos acogen con simpatía, recelosa al principio, franca al fin, y nos abren brazos y aun puertas. La influencia de escritores americanos sobre escritores jóvenes de la península es visible. A todos nos lee la generación española que hoy está entre los veinticinco y los cuarenta años. Empieza a conocer nuestros nombres, a estudiar a nuestros literatos, a ver nuestras obras en sus bibliotecas (31).

El aporte de los modernistas americanos a la literatura española del siglo xx es indudablemente más importante de lo que muchos de sus contemporáneos españoles hubieran estado dispuestos a admitir. Sin embargo, el escepticismo de los españoles ante las novedades traídas de América era natural. No todo lo que venía de América era de oro puro. Los escritores americanos que llegaban a España eran jóvenes y generalmente desconocidos. No era de esperar que se les otorgara en seguida el mismo prestigio y la misma autoridad que tenían en América. Su entusiasmo juvenil y su culto a lo nuevo les llevaban a menudo a extravagancias de expresión y al sacrificio de toda profundidad de pensamiento y emoción. Orgullosos de su conocimiento de la cultura francesa, no procuraban ocultar su impaciencia con el ambiente español, donde todo les parecía antiguo y estancado. Era preciso que maduraran y que profundizaran en su experiencia de lo español antes de poder apreciar y aprovechar las fuentes más hondas de su cultura. Si dieron mucho a España, de ella recibieron mucho también. El Rubén Darío de *Cantos de vida y esperanza* no es el mismo que escribió *Prosas profanas*. Media entre los dos un conocimiento más profundo de España, de su espíritu y su cultura; un avivamiento de su percepción de lo universal y perdurable en la vida española. Algo parecido les sucedió a otros escritores americanos de la época modernista.

DONALD F. FOGELQUIST  
Universidad de California  
Los Angeles, CALIFORNIA

---

(31) RUFINO BLANCO FOMBONA: *El modernismo y los poetas modernistas*. Madrid, 1929; p. 30.

Las trompas que eneros resuenan,  
De voces lo aire se elevan.  
Y aquellos antiguos espadas,  
Y aquellos ilustres acced  
Que encarnan los gloria pasados.  
Y el ser que hoy alumbra los nuevos victorias ganadas,  
El heróe que quia sus quipos de pones pero  
El que ama la inniquia del suelo materno;  
El que ha drapado Ouido el auro, y caurra en do  
Por sales del rojo melano; . . . . . (Grandes  
Los riuens y ariento del gélida riuens.  
La noche, la arcaucha,  
Y el odio y la muerte, por ser por la patrie inmortal  
Calendun con voces se honcel. Las bampa se quera  
Triunfal! . . . . . (Toca la marcha  
Nubén Varis  
Monten Lavin, Mayo de 1895.

Fragmento del autógrafo de la *Marcha triunfal*

